

CUENTOS GRIEGOS CONTEMPORÁNEOS

Traducción: Luisa Marisol Fuentes Bustamante

Revisión: Konstantinos Paleologos

Una mujer

Katerina Zoupa

Tengo 46 años. O para ser totalmente sincera, 46 y 8 meses. No sé pero los 47 me asustan. Me acerco a los 50. Un número hito. Mi cabello: castaño, largo y con reflejos para cubrir las canas. Ojos castaños con gafas rojas. Cuerpo de señora con un poco de sobrepeso, vestimenta juvenil, casual chic, vestigio de la época en que trabajaba en revistas femeninas. Ando algo encorvada desde que, en la adolescencia, me apareció un pecho abundante. Estudios buenos; trabajos mal pagados; carrera insignificante. Una simple funcionaria pública en el departamento de economía de un hospital estatal. Bastantes hombres, nada del otro mundo, amores que terminaban en peleas y lágrimas, hasta que a mis treinta apareció un tímido y feíto notario. Nos amamos con mesura y con esfuerzo, le dimos una patada a la soledad y juntos decidimos jugar a la vida doméstica. Los primeros años fueron buenos, no molestábamos el uno al otro, nos besábamos de vez en cuando, tuvimos también un niño que no lloraba y que miraba el techo. Un día mi marido se enamoró apasionadamente, le echó el ojo una contable, de pelo rubio, todavía hoy me pregunto qué le habrá visto, ¿qué iba a hacer, el pobre?, no sabía mucho sobre mujeres, y desde entonces duermo sola en la cama. No le guardo rencor; hacía mucho tiempo, de todas formas, que yo había olvidado su existencia. No me da miedo la oscuridad y me gusta la compañía del tic-tac del reloj, de una gata peluda y de una radio con interferencias. El trabajo continúa sin sorpresas, al amor le he cerrado las puertas, mi hijo flirtea con el ordenador y yo me siento en el balcón disfrutando de mi cigarrillo. No tengo gran curiosidad por la vida pero tampoco tengo prisa que termine. Todo fluye con normalidad y hay un orden en mi vida. Los fines de semana mis amigas me llevan a teatros, a cines y veo tantas cosas, que algunas veces ni las entiendo. Hasta que un día, yendo al trabajo, vi a mi hijo abrazado a un hombre. Sufrí una sacudida, me quedé sin habla, no porque no fuera a ser nunca abuela ni por ser puritana, sino porque en tantos años no había sospechado nada. Lo miré durante unos segundos y sin que él me viera, le deseé en silencio toda la felicidad del mundo. No en vano, yo que había tenido una vida normal y corriente tampoco fui la mujer más feliz. Tal vez la felicidad no sea lo mío. Ahora me estoy preparando para ir a un monólogo teatral. Prefiero las pasiones de los demás.

Despedida

Georgia Colovelóni

Al amanecer del día siguiente de su funeral fue a la oficina de él. Vació las macetas en el patio de luces. Se deslizaba la tierra junto con palabras, momentos, vida; no la de ella, aquella que no... Cuando regresó a casa, se quitó para siempre el luto.

Las mujeres de un pájaro

Zirána Zatéli

ESTA ES LA HISTORIA DE TRES HERMANAS: PULKERIA, Pelagía y Migdála, nombres casi de iglesia. No obstante, dada la confusión de sus padres pues eran muy parecidos y todos con “ele”, decidieron antes de que fuese tarde cambiarlos, acortarlos, y quedaron en Plója, Péla y Lála respectivamente. Al hacerlo, la ele no solo permaneció en su lugar, sino que agregaron otra, a pesar de que los padres de las niñas tenían la impresión de haberse librado de ella. Tal vez les bastaba con que los nombres se abreviaran y dejaran de tener tanta solemnidad. Quizás esa modificación del sonido significaba para ellos algo diferente a lo que hasta ahora eran. A lo mejor les vino la inspiración en el sueño, pues el sueño engaña a las personas, pero no tanto como les engatusan los demagogos y predicadores.

Tendríamos que hablar también de una cuarta existencia autónoma, que prevalecía por encima de la tríada Plójas, Pélas y Lálas. No sabemos quién era, pero le llamaban Févra.

#####

Habían construido su propio mundo en un huerto al que le daban sombra tres grandes higueras que pertenecían a las tres hermanas y una cuarta que era de Févra.

Las intensas desavenencias entre ellas no tenían que ver con cuál de ellas daba más higos, sino con la que daba la mejor sombra. Puesto que las higueras tienen leche como los nogales, el que duerme a la sombra de ellos bebe la leche y duerme profundamente... Pues bien, decidieron echar una siesta bajo ellas y apostaron quién tendría el más extraño e increíble sueño, y al despertar, andaría dando tumbos e incluso hablaría más de la cuenta como si todavía estuviera soñando. Este no era el sueño de la noche -los de ellas los guardaban apenas anochecía-, era el del mediodía, cuando no llovía ni nevaba. Se recostaba cada una bajo su higuera y cerraba los ojos. Era el momento más importante, un pasatiempo que cubría las expectativas de todo el día.

Serían presas del sueño o simplemente lo intentarían, se hundirían o flotarían en él, pero al abrir los ojos, deberían haber visto o imaginado los

sueños más locos. Esto fomentó su fantasía, especialmente la de Févra, que ya la tenía muy desarrollada.

A lo lejos se veía un almendro, del que colgaba un columpio de doble cuerda y un tablón de base con forma de barca. - Si te subías a él, parecía que estuvieses en el mar.

Un día Plója toda llorosa, trajo entre sus manos, un pajarillo. Lo encontró en algún sitio, no dijo dónde. Tenía los ojos cerrados, no tenía plumaje, -un pico y una cabeza descomunales en relación con su pequeño cuerpo. Tiritaba y respiraba con dificultad. Podría ser la cría de un gallo o también de cualquier otra ave. Se conmocionaron, se aterrorizaron, mientras se aconsejaban una a la otra: -«¡No lo hagas así!».

Cuando por fin se tranquilizaron, se propusieron ofrecerle cuidado y afecto. Lo envolvieron durante dos días en una chaqueta y un gorro de lana y abrieron agujeros con los dedos para poder verlo. Después pensaban y deliberaban qué nombre le darían.

- Lázarus, el resucitado-, dijo Péla. Pero a las demás no les gustó y buscaban otro nombre no tan convencional.

Cuando al tercer día lo desarrollaron del todo, lo encontraron muerto. De tanto abrigarlo, lo mataron de calor.

Decidieron enterrarlo con todos los honores como corresponde a un muerto. Prepararon el ataúd y una masa de trigo que se ofrece en los funerales; encendieron incienso y escogieron el sitio del terreno donde lo enterrarían. Después dieron toques fúnebres con una campanilla que colgaba del pescuezo de una cabra.

Iban vestidas de negro, lo que cada una encontró. Restregaron sus ojos con cebolla para desatar un torrente de lágrimas. No olvidaron nada, ni siquiera unas palabras que hablaban de «en un sitio paradisíaco... donde no hay dolor...». Févra dijo que era su mujer, la viuda del pájaro. Todas reclamaron su papel: Plója reclamó el rol de madre, Péla el de hija. Solo Lála quedó fuera, porque de ninguna manera quería el rol de la hermana.

- «Hermana soy ahora» - les dijo dirigiéndose a Plója y a Péla.

- «¡Quiero ser otra cosa!».

El entierro se atrasó porque no llegaban a un acuerdo. Incluso Févra, tuvo la nobleza de proponerle el rol de la amante secreta. Lála objetó y dijo que no quería ese papel porque era pecado. Como no consideraban persona al difunto, se esforzaron en convencerla lo que, según ella, la perjudicó terriblemente.

El descontento fue motivo suficiente para que arrojase con desdén la cebolla y que llorase de verdad. Se revolcó por el suelo, sacó del fêretro al animalito, lo cogió con las manos y con sus ojos llorosos que soltaban agua como un grifo, en su media lengua gritó:

- «¡Ay, pakalito mío, onito pakalito mío!» -

Un transeúnte que pasaba fuera de la cerca del jardín, y al que no le importaba mucho lo que sucedía allí dentro, ni menos lo que decía Lála preguntó con voz ensordecidora:

- «¿De qué país es esa lengua?» -.

Févra le explicó que había dicho:

- «¡Ay, mi pajarito, mi bonito pajarito!».

Despertada su curiosidad quiso también saber a qué pajarito se refería y de qué tipo era.

Févra le dijo que nadie “le había dado velas en ese entierro” y que se fuera y las dejara solas con «su drama», una palabra que sólo se escuchaba en películas griegas e hindúes en el cine. Se alegró entonces de encontrar la oportunidad para usarla en aquella situación. Incluso vino bien, pues la historia había tomado proporciones de tragedia ya que Lála se había empeñado y por nada del mundo entregaba el pájaro muerto para que lo enterrasen.

- «No soy su mujer, no soy su mamá, no soy su hija - luego, no lo doy».

Esa era su forma de ser. Y cuando las otras insistían en preguntarle el porqué, Lála les callaba con un «¡por eso mismo!».

Entonces Févra pensando con madurez, le preguntó a Lála si quería ser ella la mujer del pájaro. Lála aceptó con mucha alegría casi antes de escucharlo. Sus ojos llenos de lágrimas brillaron y dio vuelta un anillo con una piedra amarilla que llevaba al revés en su dedo anular, de modo que pareciera un anillo de boda. De esta forma Févra pasó a ser la amante del pajarito.

En medias palabras la arrogante Lála, comentó que ahora Févra, por su condición de amante, tendría que permanecer alejada en el funeral y que las otras tres deberían mirarla con hostilidad. Févra la detuvo recordándole cómo - gracias a ella - era ahora la mujer del pájaro, y le pidió poner fin a las ingratitudes.

-Además, la muerte anula las diferencias, -dijo Plójas.

Péla por su parte comentó que para ser sincera, como hija del pájaro, «preferiría tener como madre a Févra, a pesar de ser la amante de su padre, más que a la llorona de Lála que lo quiere todo para ella sola». Por otra parte, eso lo recordó después, - ¡cómo es posible que la mamá fuera más pequeña que la hija!

Se hubiese montado una verdadera disputa, en la que se hubiesen agarrado de los pelos las dos hermanas si no hubieran intercedido Févra con mirada amenazadora y Plója que volvió a decir que la muerte derogaba esas diferencias...

Cuando dejaron el cementerio y giraron la cabeza hacia el jardín, vieron instalado en el columpio del almendro a un joven gitano, conocido vagabundo, desnudo de la cintura para abajo, y sin ninguna hoja de parra.

Sonriendo de forma angelical les preguntó sonriendo, no sin cierta sorna, que le dijeran «¿qué veían allí abajo aquellas buenas niñas?» ...

Y mientras cualquiera esperaría que le responderían atrocidades, le contestaron rápidamente y al unísono, mientras se sonrosaban sus mejillas, que lo único que veían era el mar, nada más que el mar, y una barca flotando en el centro.

Y cuando el gitano desilusionado se marchó, entre ellas comentaron y describieron minuciosamente lo que habían visto.

Al día siguiente, comenzaron los preparativos para el trisagio por su muerto.

Lo blanco del mármol

Alexandra Miloná

Blanco. Luz blanca del mármol. Restriego, restriego. Sin embargo, es inútil, no hay nada que hacer, se ha descolorido. Perdió su esplendor. También el de mi rostro. Desapareció de las tantas pisadas que pasaron, que pisaron. Miles de zapatos. Aún más, pasos apresurados, decididos, fuertes, desenfrenados, inseguros, indecisos. Restriego, restriego. Me he puesto de rodillas y restriego. Con un trapo y con rabia —para que desaparezca el color amarillento; esa palidez del tiempo y del polvo, que se queda en las hendiduras. ¡Que se vaya, que se vaya! ¡Que vuelva a ser blanco brillante otra vez! La piel no puede. No. ¿El escalón? Cuanto sea posible. Que huela también a líquido de limpieza, flor química del bosque, allí exactamente donde está ahuecado, en el centro.

Tomo el trapo, así como el lécito funerario de aquel entonces en nuestra actuación improvisada, la que dimos en la plaza en Koritsá.

—«*Mi querido hermano, ¿qué manos te mataron? ¿En quién apoyaste tu cabeza en tu último suspiro? ¿Cómo se ha convertido en cenizas tu cuerpo, tu mirada, el dolor por la injusticia, el asesinato en vano de tu padre? ¿Dónde se ha ido la ira? ¿Qué pasó con ese juramento de venganza en común que me ha alimentado tantos años?».*

—**¡Bah!** No hay pasión, no tiene fuerza, ni siquiera hay espectadores —diría aquel profesor que de repente apareció en la región, recogió a todos los pequeños de los sitios baldíos y nos enseñó —*todo* un verano— el drama antiguo para luego marcharse sin alardes, tal como vino.

—Sin embargo, lo cierto es que tiene alma, le respondo mentalmente.

Dondequiera que estés, mírame: soy una maraña humana, una sombra de Electra vestida con harapos. Desterrada de un lugar que no me retuvo que yo tampoco quise, puesto que me dejó en la miseria, me hizo daño, me mató. Atada a la cuerda de la esperanza por un futuro mejor y esposada, crucé el río Aqueronte para hallarme aquí en mi país natal, hacinada en un departamento de planta baja con la familia de mi hermana.

Refugiada yo también, que lucho con la alambrada, la cubeta, los recuerdos, las heridas, con el líquido espeso para abrillantar suelos, con mis lágrimas. Que lucho cada día por una rebanada de pan, al lado de la bocacalle. Sin pensión. Sin pensión. Sin nadie a quien esperar. Sin sueños. Tragedia, tragedia griega.

La traducción de estos cuentos fue realizada por Luisa Marisol Fuentes Bustamante. Traductora. Profesora de español para extranjeros y de Literatura en Salónica (Grecia). Directora: Διαπολιτιστικό Κέντρο Επιμόρφωση και Επικοινωνίας Θεσσαλονίκης (Centro de Formación y Comunicación Intercultural de Tesalónica). Máster: “Ciencias de la Lengua y de la Civilización”. Dirección: Traducción, Comunicación y Mundo Editorial, «Επιστήμες της Γλώσσας και του Πολιτισμού», κατεύθυνση «Μετάφραση, επικοινωνία και εκδοτικός χώρος» del Departamento de Filología Italiana de la Facultad de Letras en la Universidad Aristóteles de Tesalónica. Actualmente, doctoranda en el Departamento de Lengua y Filología Italianas de la Facultad de Letras en la Universidad Aristóteles de Tesalónica.